

UN FIN DE SEMANA DE AUTOR

Aunque un ilustre pensador apuntaba que aburrirse es un signo de inteligencia, proponemos cuatro ideas, cuatro pasiones, cuatro sugerencias para quienes valoran el tiempo de ocio. Todas ellas son la demostración de que se puede vivir como se quiera pero jamás sin la cultura, que es lo más inútil y a la vez lo más necesario



RUBÉN AMÓN

MÚSICA

El candidato Nelsons trata de usted a Wagner

Mi negligencia como vaticanista se demostró cuando descarté —lo tengo escrito— que monseñor Bergoglio pudiera convertirse en Papa. Me pareció demasiado mayor para el cargo. Me resultaba excesivamente prosaico, incluso deportivo, que el finalista del cónclave en que fue elegido Ratzinger accediera al trono de San Pedro en el comicio sucesivo de la Capilla Sixtina. Tanto podría decirse del cónclave pagano celebrado en la iglesia de Nuestro Señor Jesucristo de Dahlem. Allí tenía que haberse decidido el pasado lunes al nuevo director de la Filarmónica de Berlín con la liturgia imitativa de unas elecciones pontificias. Tenía yo mi propio margen de error y mi propio papable, Andrés Nelsons, con más razón cuando el aspirante natural al puesto, Daniel Barenboim, tan argentino como Bergoglio y bastante menos jesuita, se había descartado a sí mismo, sobrentendiendo que a los *berliner* les convenía un director de porvenir.

Y me pareció que Nelsons respondía al retrato, admitiendo sus limitaciones mercadotécnicas. Porque sólo tiene 2.000 seguidores en *twitter*. Porque la dictadura de la imagen le exige adelgazar esos kilillos de más. Y porque cualquier estrategia comercial hubiera preferido la opción exótica de Gustavo Dudamel, energía latinoamericana en el corazón de Europa.

Ha quedado en suspenso el proceso, pero un servidor persevera en la reivindicación de Nelsons. Por su talento y su



El director Andrés Nelsons. REUTERS

profundidad. Por su personalidad e ingenio entre líneas. Y porque la experiencia de haberlo escuchado dirigir *Lohengrin* en la colina verde de Bayreuth representó una experiencia sobrenatural y lisérgica de la que no existen dosis disponibles, pero sí un derivado discográfico y wagneriano que acaba de salir con una versión extraordinaria de *El holandés errante* en el sello de la Orquesta del Concertgebouw.



ANTONIO LUCAS

PERIODISMO

Alfonso Armada, maneras de contar la guerra

Alfonso Armada es un periodista gallego y tímido que ha recorrido el mundo de un modo desmadrado o desbordado. Yo no sé. Visita guerras y desiertos. Se instala en tundras e infiernos. Ha vivido en Nueva York. Escribe libros en Oza de los Ríos, que es el paraíso. Libros sobre las cosas que ha vivido en África, en América del Sur, en los Balcanes. También es ensayista y editor (*Fronte-raD* es su cobijo digital contra la tormenta). Y es poeta y dramaturgo. Eso se nota. Pero lo mejor de su obra es él



La biblioteca de Sarajevo. ROGER M. RICHARDS

mismo. Tiene algo de raza de uno solo que escribe como un dios que no cree en casi nada.

De la charcutería de la guerra en la ex Yugoslavia extrajo unas crónicas que desovó en *El País* y que ahora reúne en un volumen publicado por la editorial Malpaso. Son textos que dan cuenta de la barbarie, del crimen, del silencio impúdico de Europa ante el desaliento masticable de una guerra que estaba más cerca que nunca. Son textos periodísticos que funde con las notas de su diario. La combinación es fabulosa. Y a todo el conjunto le asesta un título seco y exacto: *Sarajevo*, publicado por Malpaso y con fotografías de otro noble del oficio, Gervasio Sánchez.

La prosa de Alfonso Armada, su periodismo de fiebre y reflexión es de una potencia bastarda. Como lo es en los mejores. Aquí explica el oficio por dentro. Ajusta cuentas. Se desengaña. Se entusiasma. Y tira por la única senda posible: la mejor escritura. Digamos que leer estas páginas suma. No sólo por su calidad, sino por su audacia. No es poco. A Armada también lo encuentran en *ABC*. Pero, sobre todo, quéden-se con cualquiera de sus crónicas si se cruzan con ellas. No defrauda.



ENRIC GONZÁLEZ

GASTRONOMÍA

¿Un buen aperitivo? Un vasito de whisky Laphroaig

Está muy bien la costumbre del aperitivo.

Ocorre, sin embargo, que a veces esa costumbre se practica con excesivo entusiasmo. La cerveza, el fino y el ver-mú tradicionales pueden llevar una es-colta sólida relativamente espartana (aceitunas, patatas fritas, almendras, boquerones), pero ante los grandes ágapes se tiende a hacer grandes aperitivos, cada vez más abundantes, cada vez más exóticos. Insisto, están muy bien esas cosas. El caso es que a mí la comida no me da hambre, más bien me la quita.

Después de uno de esos aperitivos festivos no me apetece paellas ni corderos, sino un café y una siesta. En mi opinión, siempre muy discutible, una copita de fino o manzanilla, quizá acompañada de unas aceitunas, constituye un aperitivo eficaz porque despierta el estómago sin llenarlo. También me parece razonable la fórmula italiana: Campari (o vermut, o Aperol si se prefiere el estilo veneciano) y poco más. Lo cual no empece para que mis preferencias se inclinen hacia el Dry Martini con oliva: líquido y sólido combinados en un solo cóctel. Pero para atizarse un Dry Martini antes de comer conviene tener cos-



Un vaso con whisky Laphroaig.

tumbre. No es cuestión de llegar beodo a la mesa.

Considerando unas cosas y otras, diría que el aperitivo perfecto consiste en un vasito (muy corto) de whisky Laphroaig seco o con unas gotas de agua. Aunque se puede recurrir a cualquier whisky, el intenso sabor a humo y turba del Laphroaig y su peculiar densidad constituyen la fórmula ideal para sentarse a comer con buen apetito, buen ánimo y buena conversación.



EVA DÍAZ PÉREZ

LITERATURA

De cómo un payaso llegó a ser alcalde

Quizá lo único que nos salve sea la sátira. O reír por no llorar. El sarcasmo y el escepticismo como fórmula terapéutica para sobrevivir en esta época de promesas envueltas en el celofán de las mentiras. Les aconsejo que mientras



El cómico y alcalde Jon Gnarr.

dures esta campaña lean como liberación un curioso libro de humor político: *De cómo me convertí en alcalde y cambié el mundo* (Capitán Swing), donde Jon Gnarr relata cómo pasó de ser un cómico popular a convertirse en alcalde de Reikiavik de 2010 a 2014. Una versión política de lo que le sucedió al personaje de Chikilicuatre cuando intentando ridiculizar el Festival de Eurovisión terminó representando a España en el casposo concurso.

El libro es un disparate simpático: la ascensión de un payaso al Ayuntamiento. Jon Gnarr cuenta cómo comenzó todo cuando creó en su programa de sketches el personaje de un político local en el que mezclaba a «Groucho Marx, Tony Blair y un vendedor de coches estadounidenses» que hacía absurdas promesas de campaña. Un retrato fácil de copiar del natural. Prueben cualquier modelo nacional.

Lo malo es que tras la lectura en broma queda la confirmación terrible de que el espectáculo entró en la política —Beppe Grillo, Russell Brand— porque los políticos profesionales agotaron su credibilidad y nosotros descuidamos la democracia. Y el riesgo es la banalización de algo muy serio.

El libro es, por otro lado, un ameno relato sobre un país insólito donde «todo es aburridamente normal», no hay prensa del corazón, los quince grados asustan como una ola de calor y sus habitantes tienen un sentido igualitario porque en las pozas calientes de las piscinas islandesas un poeta y un banquero pueden compartir una «desnudez despreocupada». Y eso —qué duda cabe— marca definitivamente a un país.